

# El Che sigue siendo mi Comandante

Freddy Pérez Cabrera

A Luis Emilio Monteagudo Arteaga le arde un fuego inapagable que le brota por las pupilas cuando habla del Che. “El sigue siendo mi jefe”, asegura con firmeza, mientras contempla la solemne imagen del Guerrillero Heroico en el nicho que guarda sus restos en el Complejo Escultórico que lleva su nombre en Santa Clara.

“Lo conocí cuando entró en Cabaiguán al mando de la Columna Ocho Ciro Redondo, y desde entonces no ha dejado de impresionarme. Aunque no pertenecía a su gente, ese día marché junto a su tropa tratando de conocer un poco más acerca de aquel argentino que andaba con un brazo en cabestrillo, a quien sus soldados llamaban Che, y tras él llegué hasta La Habana”, expresa.

Después del triunfo, Monteagudo ingresó en el Ejército Occidental. Durante la invasión por Playa Girón le correspondió encabezar una batería de 85 milímetros ubicada en Pinar del Río. Luego, por su comportamiento ejemplar tuvo el honor de ser seleccionado como compañero de guerrilla del Che durante la misión africana del héroe cubano argentino.

Dice con orgullo que fue el color de su piel lo que le abrió el camino para acompañar a Ernesto Guevara, en 1965, a la riesgosa misión en el Congo Belga.

“Recuerdo que antes de partir, en la despedida, Fidel nos dijo que íbamos a tener un jefe muy querido y mucho mejor que él. Por eso, ya en tierras africanas, en cuanto lo observé, a pesar de su transformación, supe que se trataba del Che. Él estaba sentado en una piedra con



Angalía guarda solemne respeto ante el nicho que atesora los restos del Che.

una libretita, y lo primero que hizo fue preguntarme el nombre, entonces dijo, te llamabas Luis Monteagudo, ahora serás Angalía. Luego supe que en lengua

Zwahili esa frase significaba mirar bien.

“Era un hombre muy recto, pero también muy humano. Recuerdo que cuando caí con paludismo, no se separó de mí un instante. Pero en cuanto mejoré, me dio una cura de caballo: subir y bajar lomas para que la recuperación fuera más rápida. Casi me muero”, evoca Monteagudo.

Cuenta, que tras la experiencia en el Congo no volvió a verlo más. Sin embargo, tenía la certeza de que el Che no se quedaría tranquilo e iría a otro lugar de combate. Su muerte lo llenó de dolor e ira.

En octubre de 1997, cuando el regreso de su Comandante, Angalía estaba en áreas del parque Leoncio Vidal, de Santa Clara, a la espera del cortejo. “Nunca contemplé tanto silencio y respeto por un héroe”, asegura. “Aquella noche lloré como nunca lo había hecho en toda mi vida”, recuerda.

Después no podía soportar la tentación de ir todos los días al mausoleo donde se guardan los restos del Guerrillero Heroico y sus compañeros de la guerrilla, hasta que un día solicitó trabajar allí como jardinero, labor desempeñada con infinita pasión durante mucho tiempo. “Fue una forma que encontré de estar cerca de mi jefe”, expresa el modesto combatiente.

Cuentan los trabajadores del Complejo Escultórico, que muchas veces lo sorprendieron parado frente al nicho que guarda los restos del Héroe de la Batalla de Santa Clara, hablándole casi en un susurro. Nadie sabe a ciencia cierta que le decía. Tal vez pedía una nueva orden o algún consejo, porque para los hombres del Che, él continúa siendo nuestro eterno Comandante de siempre.

## Una proeza laboral en producciones Mecánicas Palma

Eduardo Palomares Calderón

PALMA SORIANO, Santiago de Cuba.— De verdadera proeza laboral podría calificarse la entrega por la Fábrica de Producciones Mecánicas Palma, de los 24 ventiladores de calderas de alta presión, construidos en sus talleres afectados por el huracán Sandy, para igual número de centrales azucareras de 11 provincias.

Única en el país que produce este componente imprescindible para la generación del vapor requerido en el proceso industrial, la entidad sufrió serios daños en las cubiertas de sus cinco naves, el sistema eléctrico y parte de la infraestructura productiva, lo cual creó una difícil situación en la ejecución de la impostergable tarea.

Al no existir en la nación otra instalación con los equipos tecnológicos y la experiencia necesarios, el colectivo solicitó el apoyo con grupos electrógenos auxiliares, y una vez reacondicionadas las áreas rea-

nudó de inmediato la producción.

Debe considerarse que los enormes ventiladores con sus rotores pesan entre cuatro y cinco toneladas, y su cubierta se conforma con gruesas tolas de acero, lo cual presupone un arduo trabajo por parte de los ingenieros, técnicos, mecánicos, soldadores, paileros, electricistas y demás trabajadores.

“Realmente se laboró muy duro, con disciplina y rigor en intensas jornadas, pero reconforta cumplir con una tarea tan importante para el país”, destacó el ingeniero Ricardo Ramírez Garrido, director de la fábrica.

“Para elevar la eficiencia de los centrales se ha insistido en la calidad de las reparaciones —agregó—, y nuestros trabajadores están conscientes de que buena parte de ese imperativo se decide aquí con la correcta terminación de los ventiladores y demás elementos que garantizamos a los ingenieros”.

Entre las restantes producciones y servi-



Un extraordinario esfuerzo exigió la terminación de los 24 enormes ventiladores.

cios prestados al sector azucarero podrían enumerarse estructuras de mesas alimentadoras de caña, clarificadores, tolvas, vasos evaporadores, componentes para equipos tecnológicos, condensadores de vapor, calentadores de aire, conductores para gases, tuberías y tanques.

La materialización de la hazaña por la

entidad perteneciente a la Empresa de Servicios Técnicos Industriales, subordinada al Grupo Azucarero AZCUBA, estuvo acompañada del sobrecumplimiento de todos los indicadores de eficiencia productiva, entre los cuales junto al plan de producción anual se encuentra la disminución del consumo energético.